



© COLBY EVANS

Fernando Aleu

Nació en Barcelona, donde obtuvo el título de doctor en Medicina en 1953. Realizó sus estudios de posgrado en los hospitales de la Universidad de Iowa, el Albert Einstein College of Medicine de Nueva York y en la New York University School of Medicine, donde obtuvo el puesto de profesor asociado de Neurología. Al cabo de nueve años, comenzó a reducir lentamente este trabajo para terminar dedicándose a una aventura comercial asociado a la multinacional Puig, con sede en Barcelona. Ha sido presidente de la Cámara de Comercio de España en Estados Unidos, presidente de la Fragrance Foundation de Nueva York y miembro fundador del Olfactory Research Fund. Actualmente es el presidente del Queen Sofía Spanish Institute de Nueva York. Ha sido condecorado dos veces por el Gobierno español y ha merecido la Medalla de Honor de la Ciudad de París. *El intercambio* es su primera novela.

El intercambio

Fernando Aleu

Rocaeditorial

© 2018, Fernando Aleu

Primera edición: noviembre de 2018

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Ilustración de las guardas: Luis Bustos

Impreso por QP PRINT

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

INTRODUCCIÓN

En el Harmonie Club

Nueva York, 2 de agosto de 1943

Los árboles de Central Park refrescaban aquel atardecer de verano. La fina lluvia de los días anteriores había limpiado el aire y el cielo era luminosamente azul por el este y dorado por el oeste. Había hecho un día espléndido. Tras su larga jornada en el hospital Monte Sinaí, el doctor Werner Applefeld bajaba andando hacia el sur por la Quinta Avenida las treinta manzanas que lo separaban de la cita con su buen amigo Richard Broms. Al llegar a la calle 60 Este, giró noventa grados, cruzó la calzada y entró en el portal del número 4, un edificio imponente al que prefería llamar por su viejo nombre, The Gesellschaft Harmonie Club. Desde su creación, noventa y un años atrás, se había convertido en una auténtica ciudadela en Manhattan para los judíos de origen alemán.

—*Guten Abend, Herr Doktor* —le saludó el conserje.

En el Harmonie seguían hablando en alemán, pero ya había una tendencia a dejar de usar aquel idioma, no en vano Estados Unidos estaba en guerra contra Alemania. Durante el resto de la tarde, Werner no volvió a emplear su lengua nativa.

Había caminado a buen paso para no llegar tarde a su «copa con Richard», un rito que se cumplía por ambas partes cada primer miércoles de mes a las seis en punto de la tarde, siempre en el Harmonie. La prueba de que ese momento de camaradería era muy apreciado por ambos, que eran personas muy atareadas, es que muy raras veces uno de los dos llamaba para cancelar la cita.

El ascensor se detuvo en el piso del restaurante. Allí, sentado a una mesa junto al bar y parcialmente oculto por un ejemplar del *New York Post* abierto de par en par, Richard leía con un pitillo colgándole de los labios. En cuanto vio a Werner, dibujó aquella críptica sonrisa que tan bien conocían sus colegas de las redacciones.

—Pensé que no ibas a llegar nunca —dijo sin disimular un tono más bien seco.

—¡Pues yo pensaba que los periodistas del *New York Times* no leían nunca el *Post*! Buenas tardes, Richard.

—Siéntate y pide como siempre tu maldita taza de té, que yo me tomaré un escocés con hielo. Estoy muy bien y el whisky me sentará mejor. Desde que me mandaste al hospital, no he vuelto a tener jaqueca. Ni una sola vez. Eres un buen médico, Werner.

—Y tú, un buen paciente. Por cierto, hoy no tengo la menor intención de tomarme mi «maldita taza de té». También pediré un escocés. Es mi cumpleaños.

8 —No tenía ni idea, ¿por qué mantienes esas cosas en secreto?

—A estas alturas deberías saber que no me gustan los cumpleaños.

—Vaya, hombre. ¿Y se puede saber... cuántos años tienes?

—Cuarenta.

—Cualquiera lo diría, aún estás jadeando. Eres muy joven. Parece que hayas venido corriendo. ¿Qué has hecho hoy?

—He escuchado una conferencia muy interesante de un neurólogo y he salido muy preocupado. Ha hablado de la «psicosis de guerra», un tema del que yo no sabía absolutamente nada y que ahora veo que tendré que ponerme a estudiar en serio.

—¿Y eso de qué va?

—Es un problema mental que ha sido observado en algunos soldados que han sido testigos presenciales de hechos terribles en el curso de la guerra. Al parecer, vuelven a vivir esos hechos espantosos, tan vivamente como si estuvieran de nuevo ocurriendo ante sus ojos. La consecuencia es que tienen pesadillas, ansiedad de tipo agudo, insomnio... Y en ocasiones, ataques de agresividad.

—La guerra no es una diversión, Werner. Suerte tenemos de estar aquí. De hecho, estoy seguro de que dentro de pocos días mi periódico publicará una crónica titulada: «Los alemanes se enfurecen».

—¿Por qué crees que los alemanes se están enfureciendo?

—Nos ha llegado una noticia desde Alemania que indica que algo pasa. Dice que unos civiles que perdieron sus casas en uno de los bombardeos recientes de nuestra aviación, estuvieron apedreando a los prisioneros aliados. Precioso, ¿no? Y según nuestras informaciones, los propios alemanes temen ahora que sus prisioneros de guerra sufran represalias parecidas.

—Debo confesarte, Richard, que la guerra está creando en mí unos fuertes sentimientos de culpa y remordimiento. Tengo dos parientes muy cercanos que viven ahora mismo en Alemania. Mi tía Greta, que es una mujer maravillosa, y su hijo Max, un joven extraordinario. Les he perdido la pista a los dos y no puedo hacer nada por ayudarlos. Greta podría fácilmente buscar un refugio seguro en Zúrich, que es su ciudad natal. Pero la situación de Max me preocupa muchísimo.

—Me parece recordar que me habías hablado de él. ¿No dijiste que estaba combatiendo con el Afrikakorps del mariscal Rommel?

—¡Qué buena memoria tienes!

—Para algunas cosas solamente... Si en efecto está combatiendo con Rommel y es por eso que no te llegan noticias tuyas, podría ser que su situación fuese grave. Los británicos al mando de Montgomery les dieron una buena paliza en El Alamein... Venga, ¡vamos a brindar con escocés por tu cumpleaños! —añadió cuando notó que la expresión de Werner se había vuelto sombría.

Después de pedir las copas, Richard explicó:

—Mira, tengo otra noticia que a ti, que eres un gran soñador, puede que te parezca interesante y que podría estar relacionada con tu problema. Hace un par de días llegó a la redacción un breve procedente de Ginebra: según un representante de la Cruz Roja Internacional, cabría la posibilidad de que hubiese un intercambio de prisioneros británicos y australianos en territorio ocupado alemán por presos alemanes captu-

rados por los británicos. Y se produciría pronto, quizás incluso muy pronto, a finales de octubre. Mencionaban cifras muy notables. Un total de cuatro mil presos, dos mil de cada lado. La mayoría, soldados heridos.

Les sirvieron sendos *scotchs* con hielo, brindaron por el cumpleaños y Richard volvió a fijarse en la expresión de su amigo. Unas arrugas simétricas se marcaban profundamente en su frente. Ni se alegró por el brindis.

—Si me lo permites, voy a hacer una llamada —dijo Richard y se levantó.

Cuando regresó a la mesa, ya había confirmado los detalles con un colega de la redacción:

—Si Max está vivo, porque resultó herido y fue hecho prisionero, y si Max es un tipo con mucha suerte, podría formar parte del contingente de presos alemanes que los británicos enviarán a un buque hospital en Port Said. Desde allí los llevarían a un puerto como Marsella, bajo control del Eje, para enviarlos por tren a Alemania. Los soldados aliados que están ahora en manos de los alemanes harán el mismo recorrido en sentido contrario.

—A finales de octubre... —susurró Werner—. Estaba pensando en una conocida. Una alemana muy guapa y misteriosa que también habló de posibles intercambios de prisioneros.

—¿De quién se trata?

—Era la amante de Max cuando la conocí, en 1939, justo antes de que estallara la guerra.

—Veo que Max te preocupa de verdad. Pero según me constaste, es un primo al que jamás habías visto hasta que hiciste aquel viaje a Alemania.

—Es una historia larga y probablemente no te interese mucho.

—Vamos, Werner, por supuesto que quiero que me la cuentes.

—Sabes que mis padres murieron cuando yo tenía once años. Y que el hermano de mi madre, Franz, cardiólogo en Hamburgo, me acogió en su casa. Él y Greta, una encantadora suiza no judía, me trataron como al hijo que no habían tenido. Franz, cuyas convicciones religiosas no eran muy profundas, creyó que tenía la obligación de educarme tal como mi padre

hubiera deseado, dentro de la más estricta tradición judía. Al cumplir los dieciocho, decidí que quería continuar mi formación en Estados Unidos y tratar de ingresar en una facultad de Medicina. Alemania parecía tener entonces un futuro incierto. La joven república de Weimar no estaba consolidada. Recuerdo a tío Franz diciendo: «No creo que este régimen dure muchos años. Es una república completamente no alemana». Fue él quien organizó el viaje. Me compró el pasaje para uno de los mejores transatlánticos y me dijo por toda despedida: «Trabaja duro, sal adelante, y cuando ganes dinero ya me lo devolverás». Camino del puerto, tío Franz me dijo que Greta estaba embarazada. Era una tremenda sorpresa tras tantos años de intentarlo y estaban felices. También me fue contando sus nuevos planes: tan pronto como naciera el bebé, se irían a vivir a Berlín; tenía una oferta como profesor de la facultad de Medicina. Me dio un abrazo en la entrada del muelle de América, donde estaba atracado el buque con el que cruzaría el Atlántico. Fue un abrazo largo y se nos humedecieron los ojos a los dos. Me dio vergüenza que él me lo notara, así que me despedí de repente y salí corriendo hacia el acceso a cubierta. Subí en cuanto terminó el papeleo. Miré hacia el muelle para despedirme de tío Franz con la mano. No estaba. No volví a verlo nunca más.

—Ya lo entiendo. Ahora sí. Para ti Max es como tu hermano pequeño. Ese hermano que no tuviste nunca —intervino Richard.

—¡Exacto! —exclamó Werner—. Yo no lo habría dicho mejor. Cuando lo conocí al cabo de muchos años, en ese viaje del año 39, comprobé que era un joven valiente y espléndido al que sus amigos admiraban, y que llamaba muchísimo la atención de mujeres y hombres, viejos y jóvenes. En aquel encuentro reforzamos hasta extremos inesperados un sentimiento de fraternidad muy poderoso. Era muy especial su combinación de fuerza física e ingenuidad anímica. Su musculatura, tan marcada y armoniosa, ocultaba a un chico grande que era inmaduro, psicológicamente frágil, con una vulnerabilidad dentro de aquella fortaleza física.

—Piensa que si Max tuviera la inmensa suerte de estar vivo aún y de ser elegido para el intercambio, lo peor que

podría pasarle sería que los alemanes lo internaran en un campo de trabajo.

—Voy a hacer todo lo posible y más por ayudarlo. Se lo debo a sus padres, se lo debo a él y me lo debo a mí mismo. Si averiguamos dónde va a producirse ese intercambio, tengo que ir a Europa. Es mi deber.

—Cálmate un poco, Werner —le interrumpió su amigo—. No es propio de ti manifestar este descontrol. ¿En qué sentido crees que podrías tú servir de ayuda en una situación de guerra como esta? Para empezar, las probabilidades de que Max termine siendo elegido son mínimas. Casi inexistentes. Ni siquiera sabes dónde está, si vive y si fue hecho prisionero. En cambio, si tú viajaras al país donde se haga el intercambio correrías un gran peligro, tú ahí careces por completo de experiencia. Serías un estorbo, incluso. Sabes que la obsesión de los nazis por lo que ellos llaman «el problema judío» es enorme, y trágica en sus consecuencias. Si el doctor Werner Applefeld fuese pillado cometiendo la más mínima transgresión durante una estancia en Alemania, su pasaporte estadounidense no sería un escudo imbatible, como puede que creas, tratarían de destruir tu vida. Y por otro lado, permíteme que insista: a mí, la verdad, no se me ocurre nada que pudieras hacer tú allí para ser útil a Max.

12

Werner ni siquiera abrió la boca. No había ningún argumento capaz de rebatir la lógica implacable de Richard.

Se pusieron en pie y se dirigieron hacia los ascensores. Una vez en la calle, Richard dijo:

—Si me entero de cualquier nuevo detalle sobre ese intercambio, te llamaré. ¡La esperanza es lo último que se pierde! Eso es, por cierto, lo que tú me dijiste hace cuatro años, cuando fui a tu consulta porque tenía miedo de tener un tumor en el cerebro. Y cada día me encuentro mejor.

—No tenías un tumor «en» el cerebro sino «sobre» el cerebro —dijo Werner ya más tranquilo—. En medicina, las preposiciones tienen su importancia.

—Bueno, no enloquezcas por lo que aún es una entelequia. Mañana hablamos otra vez.

Werner hizo un gesto de asentimiento y alzó la mano para llamar a un taxi. Necesitaba llegar a casa lo antes posible.

Y

En cuanto entró en su apartamento, fue al despacho, abrió un cajón del armario y eligió una carpeta: la que tenía la etiqueta «Cartas de Max».

La última estaba fechada en julio de 1939, hacía cuatro años. Era capaz de recitar de memoria casi cada una de sus frases.

Jamás había sido tan feliz, Werner. Tengo veintiún años y me siento el rey del mundo. El éxito de Adonis y los Cóndores Voladores está siendo enorme, y el circo nos paga muy bien. Cada semana puedo enviarle algún dinero a mi madre, que sigue en Berlín. Ella dice que soy un buen hijo, aunque según su opinión esté muy confundido en cuanto a la política. ¡Ya veremos qué dice cuando vea mi foto en carteles expuestos por toda Alemania! Has de saber que pronto seré la imagen de propaganda de las Juventudes Hitlerianas.

Y algo mejor aún: ¡por fin ya sé lo que es el amor! Se llama Rosy. Rosy Dieckhoff. No te diré más que una sola cosa: sin ella, no funciona. Estoy loco por Rosy, tienes que conocerla. Entre otras cosas, esta nueva vida mía te ahorrará el esfuerzo de contarme lo que significan mis sueños, incluso los más raros. Ya sé todo cuanto quiero saber sobre mis sueños, porque ahora vivo en ellos, ¡mi vida transcurre en sueños! Rosy es sensual y preciosa, tiene un tipazo impresionante y viste muy bien. Trabaja para el Gobierno, aunque en realidad no tengo ni idea de a qué se dedica. Es tan misteriosa y lo que cuenta es tan poco concreto que si me dicen que es una espía, me lo creeré. Además, me daría igual. ¡Todo está siendo tan excitante!

13

Comparando su propia vida con la que Max narraba, Werner no era capaz de controlar sus pensamientos, que corrían como caballos desbocados. El «buen doctor», como le llamaba Thelma, su secretaria, tuvo que admitir, el mismo día en que había cumplido cuarenta años, que era cada vez más esclavo de su éxito profesional. Y nada le parecía tan irónico como que ese éxito le hubiera impedido reservar momentos para la *joie de vivre*, le hubiera hurtado la risa y la espontaneidad, la vida galante y la actividad sexual.

Le asaltaron recuerdos imborrables de una época en la que se permitía seguir el ritmo vibrante de los latidos de Manhattan y ser uno de los solteros de oro más buscados. Habían transcurrido apenas cuatro años. Hasta justo antes de su viaje a Alemania, Werner había disfrutado de la vida agitada y divertida que le ofrecía la ciudad. Aquel verano de 1939 marcó un antes y un después.

Se acercó al mueble bar e hizo algo que jamás se había permitido. Aunque con Richard se había tomado dos *scotchs*, se sirvió un tercero. Necesitaba quitarse de encima aquella tensión. Solo quería relajarse, animarse con los felices recuerdos... Puso en el gramófono una sinfonía de Bruckner y se dejó caer en un sillón con la copa en la mano.

PRIMERA PARTE

Premoniciones de guerra

Las cartas de Max

Nueva York, 2 de agosto de 1939

Werner llevaba cinco años sin vacaciones. Y era un hombre libre con una bien provista cuenta bancaria. El SS Deutschland iba a zarpar muy pronto rumbo al puerto de Hamburgo, una travesía que duraba una semana. Y así, sin más y de repente, decidió que iría a Berlín para visitar primero a Greta Liniger, la mujer que durante muchos años fue, en la práctica, su madre. Luego podía continuar viaje hacia Múnich para reunirse allí con Max, su primo, y averiguar cómo estaba. Y también para ver su actuación en el circo, ese número que según el joven se había hecho muy famoso. Unos días después terminaría el viaje con una breve visita a París, para después regresar a casa a bordo del Normandie, el transatlántico más lujoso y veloz jamás construido. Solo con pensarlo, sus labios dibujaron una sonrisa.

17

Por desgracia, en septiembre tenía que estar de regreso para ultimar los detalles de la convención del Colegio de Neurólogos que iba a celebrarse en Chicago. Ojalá hubiese podido no asistir. Pero tenía el deber de estar presente ya que presidía la institución.

Así que, cerrado el plan, pidió a Thelma que se encargara de todos los trámites y reservas, cosa especialmente complicada en las circunstancias que estaba viviendo aquel mundo en crisis. Justo cuando mucha gente empezaba a temer que todo aquello desembocara en una guerra. Cuando ella le preguntó qué clase de pasaje quería que le sacara, sin dudarle Werner respondió:

—Primera clase, tanto en el Deutschland como en el Normandie. Sobre todo, quiero el regreso en el Normandie. Y he de estar de vuelta en Nueva York no más tarde del 30 de agosto, no lo olvides.

—Vaya... Parece que vamos a pasárnoslo muy bien en este viaje —sonrió Thelma—. Pues si va a ir en primera clase, doctor, ¡para el Normandie necesitará llevarse el esmoquin! Por cierto, le comenté al doctor John Wild que era posible que fuese usted a Múnich.

—¿Y cómo sabías que tenía intención de viajar allí?

—Lo deduje. Leí la carta que le escribió Max diciendo que estaba haciendo volar unos pájaros en el Circo Krone de esa ciudad. Por cierto, me sonó un poco raro eso de los pájaros. ¿A qué demonios se dedica exactamente?

—Tampoco yo lo sé muy bien. Ya te lo contaré cuando regrese y, si no te importa, ¿querrías decirme desde cuándo te dedicas a leer mi correspondencia privada?

18 —Desde siempre, por supuesto —respondió ella como si fuese la cosa más natural del mundo—. El doctor Wild me dijo que le preguntase si no le importaría llevar consigo unas cuantas copias del artículo que escribieron ustedes dos. Son para su hermano Henry, que está actualmente en Múnich.

—No deberías leer mi correspondencia privada, Thelma. Basta con que la archives. Podría contener asuntos secretos...

—¿Y de dónde cree usted que viene la palabra «secretaria»?

—¡Tú ganas...! Este viaje a Europa me encanta. Estoy emocionado, pero te echaré de menos. En los muchos años que llevamos trabajando juntos, no me has fallado ni una sola vez. Eres la mejor secretaria del mundo. Y lo más importante es que también te has convertido en una amiga en la que puedo confiar. ¡La verdad, eres una magnífica administradora de secretos!

—No siga, doctor. ¡Me va a hacer llorar!

—Ni se te ocurra. ¡Llorar, teniendo delante de ti a un tipo tan feliz?

Thelma frunció el ceño.

—Feliz, excelente médico y, encima, guapo. Además, un guapo que no sabe que lo es, y eso le hace más guapo. El mejor partido de Manhattan, solo que en lugar de salir a la calle y

esperar a que se forme una cola de candidatas a novia para ir eligiendo a la mejor, va a dedicar sus primeras vacaciones a meterse en el país más peligroso de Europa. Porque además de guapo y feliz, es usted muy tozudo. No me mire así. Me ocuparé de sacar los pasajes y regresará usted a Nueva York en el Normandie a tiempo. Pero tengo que decirle la verdad. Me preocupa mucho que se vaya a Europa en un momento como el que estamos viviendo. Ya que soy su amiga, debería usted confiar en mí y hacerme caso: no vaya. Olvídese de Alemania. Quédese aquí. Le aprecio mucho, doctor, mucho más de lo que usted se imagina. Es usted mi jefe pero a veces le veo como si fuese mi hijo. Espere a que el viento se lleve bien lejos estos nubarrones de guerra. Espere a que la gente de nuestro pueblo pueda vivir sin miedo en Alemania.

—¿Pueblo? ¿A qué te refieres?

—Sabe usted perfectamente de qué hablo, doctor... Por eso me entran ganas de llorar. No quiero que le pase nada malo por ser usted quien es y venir de donde viene... —Thelma sofocó un sollozo—. Discúlpeme, por favor... Tengo que irme. Se sonó ruidosamente, se puso el sombrero y abandonó el despacho de Werner.

19

*A bordo del Deutschland, Atlántico Norte,
5 al 12 de agosto de 1939*

Werner quería que los días de travesía fuesen como unas breves vacaciones. Iba a dedicarse a no hacer absolutamente nada. Era lo que necesitaba. El buque era lujoso y sus cuatro chime-neas le daban un aspecto majestuoso y potente.

La primera noche buscó la mesa que le habían asignado y allí coincidió con gente interesante. Le gustó conocer así a un catedrático de la Universidad de Zúrich muy cordial que lo ayudó a dar conversación a una pareja de recién casados que iban de regreso a Milán. Todos estaban impresionados por el suntuoso comedor y la tentadora carta, y compartían detalles técnicos del transatlántico, como que el Deutschland navegaba exactamente a 19 nudos, menos que en 1900, el año de su botadura para la compañía Hamburg America Line. Sus potentes turbinas producían unas vibraciones tan fuertes que el buque

se había ganado merecidamente el mote de «la coctelera». Esa conversación vacua era lo que Werner necesitaba.

Interrumpió las trivialidades la llegada de un comensal que se sentó a su mesa con retraso. Era un tipo de Filadelfia con aspecto deportivo que no les dio tiempo a terminar la sopa cuando ya les había informado de que en 1937 quiso ir a combatir contra Franco, se alistó en la Brigada Lincoln y viajó con otros voluntarios a España.

—Poco después de desembarcar, mientras corría para subirme a un tranvía, me caí y me rompí una pierna. Y, claro, un soldado con una fractura no era precisamente lo que nuestro batallón necesitaba. En lugar de ir a hacer la instrucción a Figueras, cerca de la frontera con Francia, acabé regresando a Filadelfia.

—¡Qué pena ese accidente! —bromeó Werner—. A lo mejor, de no haberse usted roto la pierna, Franco no habría ganado la guerra...

Bastó la ironía para romper el hielo, y el grupo siguió cenando en medio de una conversación muy animada.

20

—Todo el mundo habla de la guerra —intervino el catedrático de Zúrich—. ¿Cuánto tiempo creen que pasará antes de que estalle el conflicto en Europa?

—La guerra ya ha empezado —reaccionó rápidamente el milanés recién casado—. De momento, es una guerra silenciosa, pero la anexión de Austria por parte de Alemania el año pasado ¿no es ya una guerra? Luego el comunicado ese de «Paz en nuestro tiempo», y Chamberlain lo explicó diciendo que ese acuerdo con Alemania bastaría para mantener la paz, pero enseguida vino la anexión de Checoslovaquia. Y dos meses después Italia invadió Albania. ¿De verdad necesitamos que pasen muchas más cosas así de graves para comprender que las palabras de paz son solo palabras, y que los hechos son ya plenamente bélicos?

—¿Y qué me dicen de lo que está pasando en Alemania con los judíos? —preguntó el brigadista de Filadelfia.

Todas las miradas se volvieron hacia Werner. Apenas escuchó la pregunta se puso en pie y les anunció:

—Señora, caballeros, el cielo está despejado, el océano en calma, y la temperatura es agradable, como si estuviéramos en primavera. Si me disculpan, voy a dar una vuelta por cubierta

y pasearé hasta la biblioteca, una sala algo sobrecargada pero muy cómoda. Buenas noches.

En cierto modo, la conversación le había alterado. Se dio cuenta de que seguía confundido: no quería descansar. No podía. Iba a Alemania después de tantísimos años precisamente porque estaban ocurriendo cosas terribles. Por mucho que su temple habitual le permitiera vivir sin preocuparse demasiado, el viaje era en realidad una misión de rescate. Quería conocer por fin a Max, pero también iba a verlo para advertirle. Toda la preocupación que había conseguido apartar de su mente y las advertencias de Thelma habían ido subiendo a su conciencia durante la cena. Estaba allí porque tenía algo que hacer. El motivo del viaje era hacer algo en favor del hijo del tío Franz y Greta.

Werner había llevado consigo un maletín que contenía la carpeta de las cartas de Max. Y esa era toda la lectura que había querido al salir de Nueva York. Tenía ganas de releerlas. Necesitaba refrescar la idea que se había hecho de Max, convertido ya en un joven impetuoso al que quería *diagnosticar* antes de encontrarse con él.

Caminó despacio, disfrutando de la brisa y del sol que se ponía lentamente a popa, envuelto en un fulgor que le pareció el rojo de la sangre derramada. Y mirando a proa, comprobó que la oscuridad se había cernido ya sobre el mar cuya curvatura ocultaba el continente en el que nació y del que había en parte logrado olvidarse durante tantos años. Ya no era su tierra. Él ya era estadounidense, así se sentía. Pero allí había algunas personas muy queridas, recuerdos perdidos de niñez y adolescencia, imágenes de los últimos días, de la partida hacia aquel mundo desconocido que al poco tiempo de su llegada terminó siendo su patria.

La primera carta estaba fechada en diciembre de 1934, cuando Max tenía quince años. Se detuvo en un párrafo:

Voy a cambiar de escuela y la nueva será más alemana, más parecida a las demás. Lo mejor de todo es que ya no daré clases de hebreo, y lo peor será que echaré mucho de menos a Joshua, mi mejor amigo. Pero dice mi madre que es un cambio a mejor.

En otra carta escrita algunos meses más tarde, Max expresaba algunas de las típicas preocupaciones propias de la pubertad:

Tengo muchos sueños por la noche. Algunos son muy agradables y me siento muy bien soñándolos. Pero al despertarme me noto muy sudoroso, mojado. Dice padre: «Si Werner estuviera aquí, seguro que él sabría explicarte qué significan tus sueños».

Y más adelante continuaba:

Me gusta hablar con las chicas, y no entiendo por qué cada vez que les cuento algo, les digo mentiras. Les digo que soy bastante mayor de lo que en realidad soy... ¡y se lo creen! Es que si no fingiera ser mayor, ellas no querrían hablar conmigo. Las chicas son muy raras.

Otra carta comenzaba así:

22

Feliz 1936. Sabes, ahora celebramos el Año Nuevo en una fecha distinta que antes. Madre dijo que sería todo más sencillo si lo celebráramos el mismo día que la mayor parte de nuestros vecinos. Dijo que estos cambios forman parte de una «transición», que no sé muy bien qué quiere decir.

En la carta Max había metido doblado en cuatro un póster que anunciaba la celebración en Berlín de las Olimpiadas.

¡Por favor, aprovéchalo y ven a Berlín este año! Tengo muchas ganas de conocerte. A mis amigos les cuento que tú eres mi hermano mayor, y eso que mi madre dice que no nos parecemos nada. Herr Dieckhoff, que es el profesor de gimnasia en el instituto, dice muy en serio: «Si te entrenas bien, ¡dentro de pocos años serás más fuerte que el Peñón de Gibraltar!».

En un sobre sin fecha Max le había enviado una foto suya. Era muy rubio, con aspecto nórdico. A Werner le pareció que era el chico más guapo que había visto en su vida

No leyó más y se fue al camarote. Durmió muy bien todas

las noches de la travesía. Comió a deshoras, para no tener que escuchar conversaciones. Paseó al amanecer y al atardecer por cubierta, y pasó muchas horas en la biblioteca, donde siguió leyendo las cartas de Max.

Una breve nota de Max escrita en mayo de 1937 mostraba el aumento de confianza que parecía tener en sí mismo; buena cosa, pensó Werner, en la adolescencia.

He sacado muy buenas notas. Soy el segundo de la clase, y mis padres están muy contentos. Pero mi padre tiene mal aspecto. A él no le cuento que me paso muchas horas entrenándome en el gimnasio. Sé que no le gustaría. Pero me gusta forzarme en los ejercicios, conseguir un poco más cada día. Imagínate, Herr Dieckhoff nos dijo a un compañero y a mí el otro día: «Arthur y tú sois tan buenos en los ejercicios de trapezio, que podríais montar incluso un buen número de circo».

La siguiente carta provocó en Werner un tremendo impacto cuando la leyó por primera vez, hacía menos de un año. En ella Max anunciaba la repentina muerte de su padre, el tío Franz. Werner volvió a emocionarse al leerla de nuevo en su travesía:

23

Hasta estas últimas semanas antes de su muerte no me había sentido muy próximo a mi padre, la verdad. Creo que te lo había comentado alguna vez. Siempre vi en él dos cualidades que admiro: la integridad y la honestidad. Pero le costaba mucho mostrar afecto, decirte que te quería. De hecho, no recuerdo que jamás me lo dijera. Además, es como si no supiera lo que es la felicidad.

Para Werner, en cambio, uno de los más bellos recuerdos de su vida era precisamente la alegría y el optimismo que salían a raudales de Franz cuando lo animó a irse a continuar sus estudios en América. Max seguía contando su final en esa carta, que denotaba una cierta maduración de su carácter:

Desde que la Gestapo fue a su consulta, parece que mi padre dejó de dormir bien. Yo mismo vi que apenas comía. Pasó los últimos días trabajando febrilmente, día y noche, en un artículo científico

que había propuesto para publicar. Tenía que llamarle el editor de la revista médica para confirmar que lo iba a sacar. Franz estaba inquieto pensando que quizá no iba a poder entregarlo a tiempo porque aún estaba revisando la enésima versión. Cada vez que sonaba el teléfono exigía que nadie descolgara, quería oír al editor de la revista diciéndole que sí, que era muy bueno, que se lo publicaba. Hasta que un día sonó el timbre. Mi madre le oyó hablar con alguien, dijo que la voz de mi padre sonaba muy animada pero que, de repente, oyó un grito y nada más...

Corrió a su despacho y mi madre se quedó helada: el cuerpo de mi padre yacía en el suelo. Ella se agachó y comprobó que estaba muerto.

La llamada no era del editor de la revista médica. Era de la Gestapo.

24 Werner se estremeció y recordó lo que Thelma le había dicho cuando le encargó sacar los pasajes para este viaje. Hacía meses que su amigo Richard Broms comentaba los problemas que la población judía comenzaba a tener en Alemania. Él no había hecho demasiado caso. A los periodistas les encanta llamar la atención, contar las novedades exageradamente para provocar más impacto. Por eso estaba Werner quizás tan retraído y tan inquieto. El viaje se acercaba a su fin. Faltaba un día para atracar en Hamburgo.

Otra carta de Max contaba algo muy singular:

Ayer, mientras estábamos desayunando, mi madre me dejó sin habla cuando dijo: «Tienes aspecto de ario, nadie diría que no lo eres. Y vas a un instituto de gentiles, llevas mi apellido suizo, en lugar del de tu padre, y celebras la Navidad. Pero no es tu fiesta. Ni estás tampoco circuncidado. ¿Me entiendes? Sabes por qué murió tu padre, ¿no? Tarde o temprano, los mismos imbéciles que le metieron todo ese miedo en el cuerpo que al final lo mató, esos mismos tarados, irán a por ti de la misma manera que fueron a por él. Olvídate del trapecio, Max, y vente conmigo a Zúrich. ¡Hoy mismo! Allí estaremos seguros. Tarde o temprano, aquí correrás peligro».

Ya puedes imaginarte qué le contesté. Le dije que no quería ir a Suiza ni a ningún sitio que no fuera Alemania. Y que no era por el trapecio ni la gimnasia. Quiero quedarme en Alemania, le dije, por-

que es mi país, porque quiero a mi país. Y admiro a Hitler y, además, he conocido a Rosy, una mujer maravillosa, y necesito estar con ella. Es mi vida, pero mi madre no lo entiende. Espero que tú, al menos, sí me comprendas.

En una de sus últimas cartas Max explicaba con detalle su llegada al mundo del circo, que se había precipitado gracias a que habían perfeccionado y completado el número que llevaba tiempo ensayando con ese compañero llamado Arthur.

El nombre lo decidió el dueño del circo: Adonis y los Cóndores Voladores. El número lo hacemos Arthur y yo, junto con una mujer que viene de Egipto, de Port Said, y que se llama Shalimar. ¡Yo soy Adonis! Ya sabes, el símbolo griego de la belleza y el deseo masculinos... ¿Qué te parece? Algo ridículo, ¿no? Dice Rosy que me va como anillo al dedo. Me parece que es una exageración, pero al público le gusta el número y el nombre que nos han puesto. Empezamos a ser famosos y el circo tiene más público desde que actuamos. La semana pasada, imagínate qué emoción, vinieron a ver nuestro número el comandante Erwin Rommel con algunos de sus ayudantes. Uno de ellos, Herbert von Tech, dijo que invitaba a los Cóndores a cenar. ¿Te imaginas qué honor? Y en la cena nos dijo que adoraba el espectáculo de trapecio y que pensaba ir a verlo a menudo...

25

La última carta estaba fechada el mes de marzo de 1939. Era una carta muy íntima, pero denotaba un cierto sentido del humor.

Me parece que te vas a reír cuando leas esto, Werner. Uno de mis nuevos amigos del circo me ha enseñado a silbar. Me dijo que para ser un buen amante tienes que saber silbar. ¿Habías oído alguna vez algo así?

Cumpliré los veinte años muy pronto, y me parece que cada día que pasa soy mejor amante. Antes, ni mi corazón ni mis emociones formaban parte de mi amor, pero ahora se han sumado a mi modo de amar a Rosy. Mi amor es por lo tanto más completo. Y no quiero que Rosy ame una parte de mí, sino que me ame en mi totalidad, como yo la amo a ella. Es mutuo y, cada vez más, un amor que incluye enteros nuestros cuerpos, nuestros corazones, nuestras mentes.

Creo que me entenderás bien si te cuento que hasta hace poco tiempo yo andaba siempre con prisas. ¿Qué prisa tenía? ¡Tenía prisa por acabar! Y ahora sé que hay que ser muy tonto para tener prisa por acabar cuando estás viviendo unos momentos tan sublimes. Ahora tengo menos prisa y me lo tomo con más calma, con más tiempo. «¡Siempre me dejas en ascuas!», me decía antes Rosy. Pues bien, ahora somos los dos los que nos quedamos en ascuas mucho rato... A veces, cuando hacemos el amor, tengo la sensación de que mi alma sale volando y abandona mi cuerpo. Pero al final acaba siempre regresando, llena de paz y tranquilidad, totalmente satisfecha. Bueno, a lo mejor crees que todo lo que digo son ridiculeces. ¡Puede que sea porque ahora ya sé silbar! Cada día silbo mejor...

Werner sonrió. Vaya con Max. Había crecido, y en más de un sentido. Cerró la carpeta y la metió en el maletín. Inspiró profundamente y salió a cubierta. Necesitaba dar un paseo. A la mañana siguiente el Deutschland atracaría en Hamburgo.

26 Poco antes del desembarco, el catedrático suizo se le acercó, le dio un vigoroso apretón de manos y le deseó buena estancia en Europa, pero como si no hubiese podido contenerse, lo miró a los ojos, bajó el volumen de voz y añadió:

—No hemos tenido tiempo de hablar mucho, estaba usted algo retraído durante el viaje. Solo quería decirle que deduzco, por su apellido y alguna de nuestras conversaciones, que es usted judío. ¿Está seguro de que es sensato pasar un tiempo en Alemania tal como está la situación aquí para ustedes?

—Sé que podría tener algún que otro problema, gracias por su advertencia. Sabré manejarlo, no se preocupe. Tengo que ir a ver a mi tía, que vive en Berlín, y luego iré a Múnich para encontrarme con mi primo. Debo verlos.

Werner notó que el otro se despedía con gesto preocupado.

Al pisar el muelle del puerto de Hamburgo, recordó el día en que su tío casi lo empujaba para subir la escalerilla del barco que iba a llevarlo a un lugar, Estados Unidos, que en aquel entonces le parecía en buena parte temible, ignoto.

La tía Greta

Hamburgo-Berlín, 13 de agosto de 1939

Aunque no había previsto hacerlo, Werner quiso echar una ojeada a la ciudad de su infancia con su visión de adulto. «Soy un nostálgico», pensó. Y se dio permiso para serlo. Quería sobre todo ver las dos casas en las que había vivido. Primero la de sus padres, los Applefeld. Luego, la de su tío Franz, donde Greta se comportó con él como una segunda madre y donde vivió hasta el final de su juventud. 27

Sus recuerdos no eran muy detallados y tampoco quería sacarlos de ese letargo. No quiso ver la sinagoga en donde su padre había sido una figura importante, pero tras echar una ojeada a las dos casas que casi no reconoció, decidió pedirle al taxista que lo llevara al instituto. Eso fue un error. Porque ahí salieron a la superficie con una intensidad casi insoportable, a borbotones, unos sentimientos tan vivos que prefirió ponerse las gafas de sol aunque la mañana fuera nublada. Toda su infancia se le hizo presente, volvió a recordar el día en que sus padres adoptivos se hicieron cargo de él. El día de la partida, solo, apenas entrando en la juventud, para empezar una nueva vida lejos de allí. Subió de nuevo al taxi, que lo dejó en la Estación Central, aquel edificio enorme, con aspecto de iglesia medieval. Sacó el billete para Berlín. El expreso ya estaba esperando junto al andén.

Werner no había estado nunca en la capital de Alemania. El tren llegó puntual, a las cinco de la tarde. En cuanto salió de la

estación, Berlín le produjo un notable impacto. Era una urbe construida para impresionar por su solemnidad, su grandeza. Se notaba algo muy especial, y para él nuevo y desagradable, en todos los edificios, en el ambiente. Los símbolos del régimen nazi aparecían por todas partes. Muchos uniformados paseaban por las calles. No solo la Policía, también muchos militares y otros con uniformes nuevos que no había visto nunca. Por lo que había leído, debían de ser miembros de la Gestapo y de las Juventudes Hitlerianas.

Pero la ciudad le gustó. A diferencia de Nueva York, Berlín era mucho más verde, con edificios mucho más bajos y con unos estilos arquitectónicos que no rezumaban modernidad y dinamismo, sino historia y poder. Era imponente en todos los sentidos de la expresión.

Le urgía ir a ver a Greta, tenía muchas ganas de reencontrarse con ella. Quería darle un abrazo, preguntarle mil cosas, tratar de compensar así los años en los que él no encontró casi nunca el momento de escribirle. Llegó a temer que no se reconocieran el uno al otro.

28

Enseguida notó que Greta se mostraba algo reservada y poco efusiva; aun así, agradeció que lo tratara de un modo muy amable.

—Qué maravilla, Werner, ¡volver a verte después de tanto tiempo! Has cambiado mucho, claro, pero en cierto sentido eres igual que cuando te fuiste. Estás más guapo, y se nota que eres un hombre distinguido. Te veo muy bien, sano y fuerte, aunque estés tan delgado. Los años te han sentado muy bien, y la madurez ha hecho de ti todo un caballero. ¡¡¡Mi pequeño Werner!!!

—También a ti te han sentado bien los años, Greta —dijo él a sabiendas de que mentía de forma transparente.

—¿Se puede saber por qué has tenido que tardar tantos años en volver a Alemania? ¡Qué largos se me han hecho, Werner!

—Por muchas razones a la vez, tía. Tuve que adaptarme a ese país nuevo, a sus costumbres y formas de vida tan diferentes, y eso me llevó unos cuantos años, y además tenía que es-

tudiar muchísimo. Hacer Medicina en Columbia es una cosa muy seria. Tenía que aprender a dominar el inglés, la facultad exigía mucho, la preocupación por el dinero fue constante. Nunca tuve mucho tiempo libre, ni siquiera para mí mismo. Y luego vino el trabajo como residente en los hospitales, esos fueron también años de mucho sacrificio. No sabes cuánto lo siento, todo ha pasado sin darme cuenta siquiera. Lo más curioso es que ahora, estando aquí contigo, de repente es como si fuese ayer mismo y nunca hubiéramos dejado de vernos. En realidad, toda Alemania parece que esté igual que como la dejé: la luz, la gente, los sonidos..., incluso los olores.

—Entiendo lo que dices y puede que eso sea lo que sientes —respondió ella con una sonrisa tímida—. Pero no hay nada en la Alemania de hoy que sea como antes. Nada. De hecho, todo es diferente, todo ha empeorado. La vida en las calles no es la misma. Los viejos amigos han dejado de serlo. Todo el tiempo te sientes agobiado por el temor, el miedo incluso, a no se sabe qué, a cosas terribles. Estos años recientes han sido muy difíciles, y aunque fueran tan pocas, tus cartas nos han ayudado a sobrellevarlos.

»Franz lo pasó mal desde que hicimos el traslado, que tan prometedor parecía. En Hamburgo él tuvo un éxito profesional indudable. Y al llegar aquí, aunque en el hospital lo respetaban, jamás logró triunfar. Poco a poco, los mismos que le habían convencido de que viniera acabaron volviéndole la espalda. Primero fue indiferencia, luego acabó siendo hostilidad. Y eso no lo ayudó ni a trabajar en la consulta ni a tranquilizarse.

»Era una gran decepción..., a la que se añadió otra: Max. Franz no se llevó nunca bien con ese hijo que tanto había deseado tener. Y su relación fue enfriándose. El padre estaba tan preocupado que se fue distanciando del hijo, incluso de mí. Cada día era más reservado, más metido en sus pensamientos, en sus decepciones. Se convirtió en un hombre malhumorado, arisco. Y, mientras, Max era cada vez más abierto, amistoso, charlatán, expansivo. Y defendía sus opiniones acaloradamente, y a su padre le gustaban cada vez menos. Se abrió entre ellos una sima que se fue haciendo más grande, y yo quedé aislada de ellos dos y su pelea diaria. Yo trataba de mantener la apariencia de una

vida familiar normal, armoniosa, a pesar de que en el fondo de mi corazón sabía que todo esfuerzo era inútil.

»Al final, lo único que quería era que nos fuéramos todos a Zúrich, a ver si allí mejoraba el ambiente. Ni a Franz ni a mí nos gustaba Berlín. Aquí no nos sentimos nunca como en casa. Y Franz sentía envidia de ti, Werner, por mucho que te cueste creerlo. Envidia del éxito que habías conseguido en Estados Unidos, envidia de la amistad y cariño que Max manifestaba siempre por ti. Porque era algo que sabía que él no iba a conseguir jamás. En una de tus breves cartas, le escribías a Max mucho más de lo que su propio padre alcanzó jamás a decirle.

Los ojos de Greta se habían ido humedeciendo. El sol empezaba a ponerse, pero no había encendido ninguna luz. Su voz a veces temblaba. Otras, casi no la oía. Era más un sollozo que una voz.

30 —Un día —prosiguió mi tía— Max le dijo a su padre: «¡Ojalá hubiese sido hijo de Werner!». Fue una crueldad por su parte y terminó de enloquecer a Franz. Cada día estaba más paranoico, más deprimido y silencioso. Incluso interceptó algunas de las cartas que le escribías a Max y no le permitió que supiera siquiera que las habías enviado. Imagino que tú pensabas que Max era demasiado perezoso para escribir una respuesta. Pero alguna de tus cartas no llegó a verla nunca. Es la triste verdad. Y te voy a ser sincera, me alegro de que Franz muriese. No vivía ni dejaba vivir. ¡Jamás pensé que llegaría a decir una cosa así!

Empezó a llorar calladamente. Werner no se atrevía ni a levantarse para consolarla. Ni a interrumpir aquel llanto tan triste. La conversación, casi monólogo, le sirvió a Greta de consuelo, de catarsis. Cuando se dio cuenta de que las luces estaban apagadas, pensó que así había sido mejor ya que Greta pudo sentirse oculta a su mirada, como si estuviese hablando sola, en el recogimiento de un confesionario.

Tras un largo silencio, tranquilo y casi necesario, Greta alzó la voz de nuevo para decir, como si ya hubiese podido dejar totalmente atrás su llanto:

—No tengo nada de comer en casa. ¿Qué te parece si nos vamos a un bistró y cenamos algo?

A Werner, que estaba muy hambriento, le pareció una idea perfecta. Bajaron a la calle y Greta propuso ir a un sitio próximo y que conocía bien. Durante la cena cambiaron las tornas. Su tía lo sometió a un interrogatorio: cómo era su trabajo, si tenía amigos íntimos, novia, qué planes tenía para el futuro, si pensaba casarse y tener hijos. Los solteros están acostumbrados a que se les pregunten todas estas cosas. La velada tuvo un tono muy cálido e intenso, ya que a ella todo eso le importaba de verdad.

A menudo, y con casi cualquier excusa, salía en la conversación la sombra de Hitler y su régimen político, una obsesión que él entendió perfectamente. Ella estaba convencida de que la guerra estallaría tarde o temprano, y solo pensaba en irse de Berlín para no regresar jamás. Si aún no se había marchado del país era por Max.

—Y porque intuía que tú acabarías viniendo —añadió cogiéndole la mano y apretándosela con firmeza.

Y, sin soltarle, le contó cuánto quería a su hijo. Era una bendición que llegó tras muchos años de vida conyugal con Franz, y para ella fue un milagro maravilloso. Ya no era capaz de imaginar siquiera lo que habría sido su vida sin ese hijo querido. Pero entonces su voz volvió a temblar:

—Ahora ya me he resignado a perderlo. Max no es nazi, pero simpatiza con muchos que lo son. Sobre todo, Rosy Dieckhoff, esa mujer. Tiene sobre él una gran influencia. Cuando Max se fue a Múnich por el contrato con el circo, ella se fue con él. Yo creo que ella está obsesionada con Max, y noto que es muy posesiva.

—¿La has conocido? —quiso saber Werner.

—No. Casi mejor. Pero sé muchas cosas de ella por lo que Max cuenta, y por lo que oculta. Soy su madre. Para mí es como un libro abierto. Y esa mujer no me gusta nada. Lo necesita sexualmente, sé que se pasan horas en la cama. Pero no estoy segura de que lo quiera de verdad. Y él no se entera, es muy ingenuo. En muchas cosas, lo veo todavía como un chiquillo.

—Mañana me voy a Múnich, he de abrazar a Max. Quiero darle una sorpresa —dijo Werner sin comentar las críticas de Greta. ¿Tenía la madre de Max celos de la primera novia de su hijo? No sería el primer caso en la historia.

—Será una gran sorpresa, porque a él no le he dicho que ya tenías pasajes para venir, y Max estará feliz de verte. Hace años que habla de «el día en que abraze por fin a mi hermano».

—Yo también quiero verlo y abrazarlo. Ahora me doy cuenta de que tendría que haber venido hace mucho tiempo. ¡Él ya me lo pedía en muchas de sus cartas!

Junto al portal de la casa de Greta, Werner le dio un abrazo y notó la efusividad con que Greta lo devolvía.

—Gracias, Werner. No sabes lo mucho que necesitaba tener una tarde como esta. Me ha ido bien. Y dile a Max que todos estos abrazos que te he dado eran para él. Dile también que lo quiero, que pienso mucho en él, que lo echo de menos, que estoy preocupada por lo que pudiera pasarle.

Werner pensaba tomar el primer tren hacia Múnich. Tras aquella conversación tan emotiva, en la que había conocido nuevos aspectos de la vida y la personalidad de su primo, aún tenía más ganas de ver a Max. Le dijo a Greta que haría lo posible por volver a Berlín y decirle adiós antes de regresar a Nueva York, a sabiendas de que probablemente no lo haría.